

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

**Erich Hackl**  
**COMO SI UN ÁNGEL**

TRADUCCIÓN DE RAQUEL GARCÍA BORSANI

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

www.elboomeran.com

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2019  
TÍTULO ORIGINAL: *Als ob ein Engel*  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Grafime

© Erich Hackl, 2009, 2019  
© de la traducción, Raquel García Borsani, 2019  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-83-0  
DEPÓSITO LEGAL: CC-101-2019  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Quisiera que la historia acabara como acaba aquel cuento: «Se abrió la puerta y entró la hija, con sus cabellos dorados y sus ojos rutilantes, y fue como si un ángel bajara del cielo. Se allegó hasta su padre y su madre, los abrazó y besó. Así fue, y todos lloraron de alegría».

No fue así. Gisela Tenenbaum no regresó, y lo que queda es un tejido de voces, por tramos apretado, por tramos agujereado y frágil. Tiene esa impronta de la verdad: así era ella, así vivíamos. Lo dicen sus padres, sus hermanas, sus amigos. Ellos, entre tanto, han envejecido, treinta años y más. Solo Gisi sigue tan joven como entonces, veintidós, y la mitad de su futuro es parte de nuestro pasado.

En 1977 el Viernes Santo cayó el 8 de abril. Fue el último día que, con toda certeza, Gisi vivió. Consta, en cualquier caso, que pasó la noche anterior en un apartamento pequeño y escasamente amoblado de la calle Italia en Godoy Cruz, un suburbio de Mendoza. La ciudad fue fundada en 1561 a ochocientos metros sobre el nivel del mar, arrasada tres siglos después por un terremoto y reconstruida luego con espléndidas avenidas bordeadas de plátanos y jacarandás, plazas y jardines floridos y un gran parque llamado, como muchos otros sitios de la zona, Libertador San Martín. El general y su ejército partieron de Mendoza en 1817 a liberar Chile y Perú del dominio colonial. Pese a ello, la ciudad no despierta asociaciones precisamente rebeldes. Los mendocinos tienen más bien fama de conservadores y reservados.

En el apartamento son tres: Gisela Tenenbaum, José Galamba, Ana María Moral. Son montoneros, dispersos y necesitados de ayuda; su cúpula se

prepara para huir a Roma, no sin avizorar el inminente triunfo sobre la dictadura y exhortar a los compañeros que permanecen en el país a que no claudiquen, sino redoblen su entrega. Es posible que los tres intuyan la derrota, lo que ignoran es la dimensión de la catástrofe. Pero aunque supiesen cabalmente cuál es su situación no podrían dar marcha atrás, los militares vienen pisándoles los talones, solo les queda seguir, resistir, no fallarles a los compañeros. Además aún recuerdan la sensación de defender, fuertes y optimistas, una causa justa. Hace mucho que se conocen, juntos han pasado por trances de vida o muerte, se han dado ánimo y consuelo, no hay motivos para suponer que les agobie la convivencia en la estrecha vivienda (dos habitaciones con corredor, baño, una especie de lavadero). Ana María y José militan en la misma célula, Gisi pertenece a otra. Ella sale la mañana del 8 de abril de 1977 porque en el distrito de Las Heras, al norte de la ciudad, hay una reunión clandestina de su grupo y debe participar. Poco después, también los otros dos dejan el apartamento, ubicado en la planta baja. No bien salen del edificio advierten un comando paramilitar que se dispone a acordonar la calle: hombres vestidos de civil pero armados, en tres o cuatro vehículos, furgonetas, autos Ford Falcon. José y Ana María rozan sus manos como casualmente, luego echan a correr por la vereda: Ana María hacia la izquierda, José hacia la derecha. Los hombres han sido tomados por sorpresa,

un instante están indecisos, quién persigue o le cierra el paso a quién. Hasta que salen tras ellos pasan seis, ocho segundos. José oye un silbido de disparos, a su lado estalla el parabrisas trasero de un coche estacionado, él baja a toda velocidad por la primera transversal, aventaja a una anciana, un carrito, un vendedor de frutas que desaparece como el rayo en la entrada de un edificio. Cambia de acera oculto tras un camión, otra vez una esquina, enfrente una parada de colectivo, justo arranca uno. José sube de un salto y se deja caer, respirando con agitación, en el asiento detrás del conductor.

Logra escapar, está ileso, evita calles acordonadas, encuentra cobijo en alguna parte por unas horas, por una noche o dos. Después, con ayuda o sin ella, logra salir de la ciudad, se oculta en el monte. Dos meses más tarde hace llegar un mensaje a los padres de Gisi, pregunta si podrían ayudarlo. Willi y Helga lo recogen y llevan, en el baúl de su auto, a casa de ellos, donde en cualquier momento podría caer la policía. Días después le consiguen donde quedarse, una apartada fábrica de ladrillos, allí vive el hermano de un dirigente sindical llamado Daniel Romero. Al año siguiente los militares darán con su paradero y se lo llevarán junto con su empleador y el hermano de éste. Ninguno de ellos volverá a ser visto.

Ana María llega hasta la calle Joaquín V. González, en cuyo número 163 se alza la iglesia Nuestra Señora de Fátima. En su desesperación busca

refugio allí, sube a toda carrera los escalones hacia la puerta, la salpica el hormigón que salta bajo una ráfaga de disparos, de pronto un golpe poderoso en su espalda, Ana María se tambalea y desploma más allá del umbral, ya dentro de la iglesia, donde el cura prepara la misa vespertina. En lugar de socorrer a la mujer herida que desde el piso de piedra le suplica que cierre la puerta, él sale y llama a los perseguidores con un gesto. Aguarda gran concurrencia de fieles este día, en el que murió Jesucristo y ha de morir Ana María, ya en el lugar de los hechos, ya durante su traslado, ya en una mazmorra, bajo el alias de Graciela Beatriz Luján, a causa de «anemia severa provocada por hemorragia aguda», según diagnóstico del médico militar Dr. Alcides Alberto Cichero, quien certifica que el deceso se produjo a las 20,30 horas.

Heidi, la hermana mayor de Gisi, ve por televisión entre las seis y las ocho de la noche el boletín informativo con los últimos éxitos de las fuerzas del orden: «Una mujer de presumiblemente veinticinco años de edad fue abatida por integrantes de los órganos de seguridad en un tiroteo que se produjo durante un allanamiento en el Departamento de Godoy Cruz. La vivienda habría servido como centro clandestino de operaciones de los sediciosos. En la misma se hallaron armas e impresos subversivos». La cámara hace un paneo sobre muebles destruidos y ropa desparramada por el suelo, Heidi mira fijo la pantalla, escucha la voz machacona

del locutor, se resiste a la certeza de que ese sea el apartamento donde se ocultaba Gisi. Da aviso a sus padres.